



LAS CLAVES DEL VATICANO (y 2)

PETER NICHOLS

LA Curia cuenta con tres Tribunales y una serie de oficinas que se ocupan de los asuntos de la casa papal. Pablo VI disolvió a las Fuerzas Armadas del pequeño Estado con excepción de la Guardia Suiza. Esos son los principales órganos de gobierno con una tradición más o menos larga. A raíz del Concilio Vaticano Segundo se constituyeron otros departamentos que revelaron el nuevo y fresco espíritu existente dentro de la Iglesia católica en sus relaciones con el mundo exterior. El Secretariado de la Unidad Cristiana se ocupa de la labor ecuménica de

la Santa Sede y se ocupa igualmente de las relaciones con los judíos. El Secretariado para los no cristianos mantiene contactos con las otras grandes religiones, mientras que el Secretariado para los no creyentes hace lo mismo con los ateos. El Consejo para los Seglares tiene como objetivo fomentar la colaboración de éstos con la jerarquía, y la Comisión Pontificia de Justicia y Paz se ocupa de fomentar la justicia y la armonía en las relaciones internacionales.

Tradicionalmente, los jefes de estos departamentos ven al Papa de forma individual. Como en teoría sólo él es res-

ponsable del gobierno de la Iglesia, este sistema, por lo menos lógico, tiene también sus peligros, sobre todo con un Papa anciano incapaz ya de seguir de cerca todos los asuntos. No hay posibilidad de determinar, por ejemplo, si un cardenal cumple cabalmente las instrucciones papales, porque nadie sabe lo que ocurre en una audiencia privada entre el jefe del departamento y el Pontífice. Este sistema podía provocar rivalidades y celos. Con él quedaba descartada la idea misma de un gobierno responsable. No existía ningún equivalente de la responsabilidad ministerial; ello hubiese equivalido a privar al Pontífice de parte de su autoridad. Por extraño que parezca, fue Pablo VI, Papa que detestaba todo tipo de reuniones y prefería tratar de forma individual con sus ejecutivos, quien sembró la semilla del cambio, estableciendo un Consejo de Cardenales. Por razones de temperamento, Pablo VI no desarrolló esta idea sino que la dejó en el aire para que pudiera recogerla cualquier sucesor suyo.

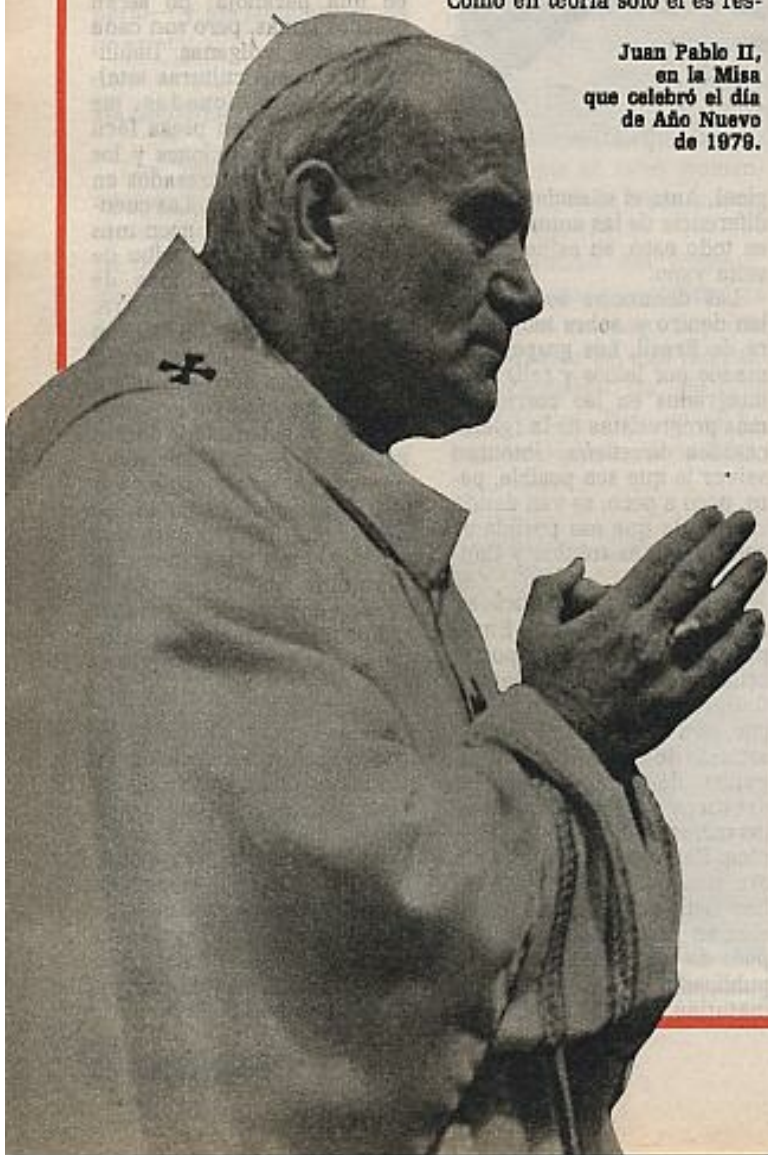
Pablo VI introdujo tres nuevos elementos en la administración de la Iglesia; el primero consiste en un límite en la duración de cada cargo. Todos los funcionarios han de ser reconfirmados en sus puestos al cabo de cinco años. El Papa puede también elegir a candidatos propios para colocarlos en los engranajes fundamentales de la máquina. La segunda novedad fue el establecimiento de un límite de edad: los setenta y cinco años. Esto representa para el Papa la ventaja de poder imponer, si así lo desea, un relevo más o menos rápido entre sus principales administradores. El tercer cambio fue el

establecimiento del Sínodo Internacional de Obispos, que según algunos observadores, es la clave del desarrollo futuro del gobierno de la Iglesia católica. Las razones para ello rebasan la mera descripción de la estructura administrativa de la Iglesia. El significado potencial del hasta ahora inocuo Sínodo resulta mucho más fascinante.

La Iglesia católica tiene unos 3.000 obispos en todo el mundo. El Papa puede convocarlos a todos a un Consejo si cree que la situación es lo suficientemente seria como para dar un paso tan aventurado. Así lo creyó Juan XXIII en 1962 y consecuentemente convocó el llamado Concilio Vaticano Segundo. Fue el vigésimo primer Concilio plenamente reconocido en casi veinte siglos de Historia. Juan XXIII fallecería después de la primera sesión de ese Concilio y Pablo VI lo llevaría hasta el final en 1965. La tendencia general del Concilio, por lo que se refiere al gobierno de la Iglesia católica, era la de disminuir, en términos relativos, la prominencia del papado mediante el desarrollo de la teoría de la colaboración de los obispos. Con ello no se trataba de disminuir la importancia del papado, sino de resucitar la idea de la responsabilidad colectiva de los obispos en el gobierno de la Iglesia con el Papa a su cabeza.

Esta teoría de un Colegio episcopal apoyando al Papa resultaba atractiva por distintas razones. Por ejemplo, podía decirse que completaba la labor del Concilio Vaticano I que, en 1870, definió la doctrina de la infalibilidad. Desde el punto de vista ecuménico, podría también resultar provechoso. Un papado

Juan Pablo II,
en la Misa
que celebró el día
de Año Nuevo
de 1979.



menos prominente sería bien acogido por los protestantes mientras que a los griegos ortodoxos les gustaría la idea de los mítines sinodales que forman parte de su propia tradición. En 1965, durante la última sesión del Concilio, Pablo VI anunció su decisión de establecer el Sínodo Internacional de Obispos como expresión práctica de colegialidad. El lo convirtió en un cuerpo consultivo sin capacidad de decisión en circunstancias ordinarias. En sus catorce años de vida ha seguido siendo un centro de discusión de temas previamente elegidos por Roma. Hasta ahora, su mayor utilidad ha consistido en reunir a los obispos para tratar de sus problemas.

En muchos sentidos, las consecuencias de la labor del Concilio han sido muy distintas de las que esperaban los más ardientes partidarios de la colegialidad. La idea de un papado menos prominente llevaba implícita la limitación del poder de la Curia romana. La descentralización se vio favorecida y expresada en otra de las decisiones del Consejo: la de promover las conferencias episcopales nacionales y regionales. Si los obispos ayudasen al Papa a tomar sus decisiones y estuviesen dispuestos a llevar a cabo las decisiones adoptadas colegialmente, la Curia se convertiría lógicamente en la sombra de la que es hoy, pero las cosas no han ido por ese camino.

Antes de ser elegido Papa, Pablo VI fue durante muchos años de su vida miembro de la Curia, y Montini no era por su carácter hombre de decisiones revolucionarias. Sus innovaciones, incluida la reducción del elemento italiano, especialmente entre los más altos dignatarios, tenían como objetivo ofrecer a sus sucesores la flexibilidad necesaria para introducir los cambios que creyesen convenientes en la maquinaria del gobierno vaticano. Pablo VI era el más diplomático de los innovadores, un hombre muy preocupado de la necesidad de mantener un sentido del



equilibrio. El establecimiento de nuevas secretarías encargadas de llevar a efecto la decisión del Concilio en campos tan importantes como la unidad hizo crecer el número de departamentos de la Curia. También sirvió para reforzar la colegialidad. La necesidad de consultar a los obispos del mundo antes de anunciar cualquier decisión por parte del Vaticano, significa más trabajo para la Curia y en particular para la Secretaría de Estado, que es actualmente con mucho el departamento hegemónico en todo el aparato del gobierno. Los miembros de la Curia viajan más y son por lo tanto mejor conocidos por los obispos. La diplomacia ha ganado en importancia tanto en lo que se refiere al número de países acreditados ante la Santa Sede cuanto al volumen de las negociaciones en marcha como resultado de la política vaticana de tratar con los gobiernos comunistas y de su nuevo y más liberal tratamiento de todo lo relativo a las relaciones entre la Iglesia y el Estado en los países tradicionalmente católicos. La plantilla de la Curia ascendió de 1.322 personas en 1961 a 3.150 a finales de 1977; ello se debió en buena medida a las reformas del Concilio y Pablo VI.

Las innovaciones de Pablo VI incluyeron un fondo de

pensiones y una paga en el momento de la separación del cargo. El Vaticano comenzó a gastar más que nunca en toda su historia, pero sus recursos no se incrementaron de modo paralelo. El resultado de todo ello fue que a principios de esta década, el Vaticano comenzó a registrar un déficit sin precedentes. También la colegialidad cuesta dinero. Setecientos obispos acuden a Roma cada tres años. Entre un sínodo y otro se reúnen en Roma una secretaría y un comité de gobierno. Los viajes en general han aumentado considerablemente y las tarifas aéreas suben año tras año.

Fue también Pablo VI quien trató de tomar las riendas del sistema administrativo. En 1967 constituyó un nuevo organismo bautizado como la prefectura para asuntos económicos de la Santa Sede, que reunió a la mayoría de los departamentos encargados de las finanzas, con la única y notable excepción del Banco Vaticano. Por extraño que parezca, Pablo VI fue probablemente el primer Papa en toda la historia en conocer con detalle la situación financiera del Vaticano. Los Papas anteriores no solían preocuparse de tan mundanos asuntos. El cambio de actitud fue realmente positivo, pero la situación finan-

Vista nocturna de la Plaza de San Pedro, en las fiestas de coronación de Pablo VI.

ciera descubierta no invitaba precisamente al optimismo. Y esto lo comprendió de modo inmediato Pablo VI. Existe sígilo en todo lo relativo a los asuntos financieros del Vaticano, pero se cree que el primer presupuesto elaborado por la Prefectura en 1969 fue también el último que no registraba ningún déficit. Para 1975, el déficit había alcanzado tales proporciones que Pablo VI rechazó el presupuesto. Se cree que en aquel momento los ingresos presupuestarios sumaban 5.250 millones de pesetas, y los gastos, 6.300 millones, lo que suponía un déficit de unos 1.050 millones. El déficit actual es todavía más alto, pero el Vaticano ha refutado ciertos cálculos según los cuales aquél podría llegar a los 3.000 millones de pesetas en 1981.

Las cifras presupuestarias se aplican exclusivamente a los gastos relacionados con el gobierno central. No tienen en cuenta las finanzas de las dos mil órdenes religiosas y las 2.395 diócesis de todo el mundo. El Banco Vaticano, conocido como el Instituto para las Obras Religiosas, que tiene sus oficinas bajo las habitaciones privadas del Papa, en la planta baja del Palacio Apostólico, maneja los fondos vaticanos así como los de las iglesias nacionales y las órdenes religiosas. Por eso no está sometido a la Prefectura, la cual carece de competencias en todo lo que queda fuera de las propias finanzas del Vaticano. El déficit presenta un dilema real. El Vaticano desea incrementar sus ingresos, pero no puede comportarse de forma excesivamente comercial, sacando más partido a sus bienes. "¿Cómo incrementar el precio de los evangelios?", se preguntaba en cierta ocasión uno de los financieros del Vaticano.

La "visibilidad" cuesta también dinero, y la Iglesia católica, por diversas razones, es en los últimos tiempos

LAS CLAVES DEL VATICANO

especialmente visible. Su papel predominante en el mundo comenzó en 1958 con la elección de Juan XXIII, a quien cabe considerar propiamente refundador del papado como auténtica potencia en el mundo moderno. Su labor y el Concilio por él convocado polarizaron la atención del mundo sobre el Vaticano. El reinado de Juan XXIII coincidió con un breve período de esperanza real en cuanto a la posibilidad de que las disputas internacionales pudiesen hallar soluciones justas; Kennedy encantaba al mundo con el carisma de su joven liderazgo; al mismo tiempo, Jruschof era el gobernante más humano que había tenido nunca la Unión Soviética, y las palabras de Juan XXIII eran esperadas con una impaciencia desconocida hasta ese momento. Luego, los tres hombres desaparecieron de la escena: Kennedy fue asesinado; Jruschof cayó en desgracia, y Juan XXIII fue víctima del cáncer, pero en lo relativo al Vaticano, algo nuevo había ocurrido, algo que no se dispuso con la muerte del Papa innovador.

Pablo VI reinó durante muchos más tiempo que Juan XXIII, pero sus quince años de papado no fueron seguidos con el mismo interés. No era la suya una personalidad tan cautivadora para el público como la de Juan XXIII; era en privado donde más a gusto se sentía. Pablo VI propuso renunciar a cualquier dramatismo porque le interesaba sobre todo aplicar las conclusiones del Concilio sin arriesgarse a un cisma. Lo logró ampliamente, y sólo cabe exceptuar la rebelión, que no llegó a cisma, del obispo tradicionalista Lefebvre. Al mismo tiempo quiso que la Iglesia católica estuviera presente en todas las grandes crisis del mundo moderno, y que su presencia se dejara sentir. Al obrar así, no sólo continuaba la labor de Juan XXIII, sino que al mismo tiempo reaccionaba a las críticas dirigidas al predecesor de Juan XXIII, Pío XII, en el sen-

tido de que apenas había hecho nada para denunciar los excesos nazis antes y durante la segunda guerra mundial. Pablo VI llegó a defender a Pío XII durante su paso por Israel, en su viaje a los Santos Lugares. Pablo VI visitó todos los continentes; desarrolló una gran actividad diplomática para tratar de poner fin a la guerra del Vietnam; envió observadores a las Naciones Unidas; solicitó más ayuda para los países en desarrollo y apoyó proyectos de tipo social. Hizo análisis especialmente agudos de los problemas del Tercer Mundo.

Al final de su vida, Pablo VI disfrutó de una curiosa popularidad que no había tenido antes. Uno de los momentos más impresionantes de su vida fue cuando, poco antes de morir, Pablo VI "reprochó" públicamente a Dios el que no hubiera escuchado sus plegarias en pro de la seguridad de Aldo Moro, el dirigente democristiano secuestrado por terroristas y asesinado en mayo de 1978. Las palabras de Pablo VI fueron escuchadas con inmenso respeto.

El breve relámpago de popularidad ganó en intensidad tras su muerte e iluminó el brevísimo reinado de su sucesor, el humilde patriarca de Venecia, que adoptó los nombres de los dos Papas que le precedieron y se llamó a sí mismo Juan Pablo I. No era una personalidad fuerte la de este último Papa. Apenas sabía nada del funcionamiento de la Curia. Con quien mejor se llevaba era con los obispos más modestos y los pequeños párrocos junto a los cuales había pasado buena parte de su vida. Conocía mejor que nadie los problemas de las diócesis y las angustias de las pequeñas parroquias. No tenía intereses de tipo político, aunque era sinceramente anticomunista, y carecía por completo del conocimiento de la diplomacia internacional que había caracterizado a Pablo VI. Había escrito un libro en el que se recogían una serie de cartas, publicadas en

periódicos católicos, a personajes famosos, reales o ficticios, como Charles Dickens, Pinocho, Christopher Marlowe y Jesucristo. El libro sólo atrajo la atención del público cuando aquél fue nombrado Papa. Juan Pablo I apareció en el balcón de San Pedro el mismo día de su elección, y su timidez conquistó el corazón de la gente. Al día siguiente leyó un discurso ante los cardenales que le habían elegido, discurso que, según revelaría después malévola mente uno de ellos, había sido redactado en la Secretaría de Estado. De la noche a la mañana, Juan

Pablo I se convirtió en una auténtica figura pública. Grandes multitudes se concentraban ante el Vaticano cada vez que se anunciaba una salida al balcón de Juan Pablo. Se decía que el nuevo Papa pasaba buena parte de su tiempo preparando precisamente esas charlas a las muchedumbres. Pero Juan Pablo I falleció súbitamente. Su reinado fue simultáneamente un aviso y un estímulo. Fue un aviso porque sirvió para demostrar la necesidad que tenía la gente de un Papa que fuera un hombre de carne y hueso como los demás. Y



La mirada del profeta no alcanza a ver de qué color es la "fumata".



Trabajo a destajo y contra reloj en la sastrería que viste al nuevo Papa.

también un estímulo porque confirmó ciertos signos que habían aparecido ya en los últimos tiempos del reinado de Pablo VI y que apuntaban un gran renacimiento de los valores espirituales y del sentimiento religioso entre las masas.

Tras la muerte de Juan Pablo I, los cardenales volvieron a reunirse para llevar nuevamente a cabo esa tarea que compete a los más altos dignatarios de la Iglesia desde 1179: la de elegir a un nuevo Papa. Todo el primer día de cónclave lo pasaron buscando a un italiano capaz de suscitar el necesario apoyo. El segundo día, los cardenales tomaron la sorprendente decisión de romper una tradición que duraba ya un milenio, al elegir para Papa a un no italiano comparativamente joven y que además procedía de la Europa oriental. El nuevo Papa adoptó el nombre de su breve predecesor, aunque el segundo Juan Pablo es muy distinto del primero. Con cincuenta y ocho años y un gran vigor físico e intelectual, Wojtyła no sólo sabe conquistar a las multitudes, sino que tiene además una gran sensibilidad para medir sus reacciones. Intelectualmente, es un hombre del Concilio. Pero al mismo tiempo es en muchos sentidos un tradicionalista y tiene una personalidad tan fuerte que la idea de colegialidad puede perder sentido con Juan Pablo II a la cabeza del Colegio.

Por eso, los amigos de Juan XXIII consideran hoy que el problema esencial que tiene planteado el Vaticano es el de elegir definitivamente entre la Curia y el Sínodo de obispos. Wojtyła tiene la tradicional veneración de los polacos hacia la silla de San Pedro. En Polonia, la religión ha sido siempre el factor aglutinante de los sentimientos patrióticos del pueblo. Aunque habla de colegialidad, Juan Pablo II da la impresión de ser un Papa fuerte. Los cardenales no podían haber hecho una elección más espectacular. Por eso, como decíamos



Hay que cuidar la imagen externa, porque no sólo de fe vive la Iglesia.

al principio, el Vaticano parece hoy más pequeño que nunca en comparación con la impresionante figura de este sucesor de Pedro. Y también por eso el Vaticano vuelve a ocupar el centro de los asuntos internacionales con una intensidad que nadie hubiera podido prever en los últimos veinte años de historia.

De la significación de este nuevo papado no se puede trazar más que un breve bosquejo. Nuevo papado decimos, y su novedad radica en algo más que en la nacionalidad del Pontífice. Durante siglos, la idea fundamental del papado era la de que un hom-

bre generalmente en su madurez y con frecuencia anciano, se encuentra de pronto investido de inmensos poderes y dignidades. Sólo en los últimos años de sus vidas se les concede a esos hombres la gracia de ocupar un lugar en la Historia. Un caso típico de este sorprendente sistema de monarquía electiva lo tenemos en Juan XXIII. No fue la suya una carrera especialmente brillante, aunque sí notable, si se tiene en cuenta los modestos orígenes del Papa Roncalli. Estaba a punto de cumplir los ochenta años cuando fue elegido Papa y en unos pocos años cambió la faz

de la moderna cristiandad.

El papa Juan Pablo II fue elegido a los cincuenta y ocho años de edad y seguramente reinará muchos años. Esta es una hipótesis que sin duda manejaron quienes le eligieron, aunque sólo fuera por la brevedad del reinado de su infeliz predecesor. Wojtyła es todo lo contrario de Juan Pablo I. Incluso cuando está sentado comunica una sensación de energía. Cuando escucha a algún visitante, suele apoyar la cabeza en sus manos, al tiempo que mantiene los codos apoyados sobre la mesa en actitud de intensa concentración.

En algunas ocasiones parece como si estuviese a punto de ser arrastrado por el entusiasmo que él mismo provoca. Algunos temen que pueda seguir el ejemplo de Pío IX, cuyo reinado fue largo en el tiempo y estuvo marcado por un firme alejamiento del liberalismo de la época. Pero esto equivale a subestimar las capacidades intelectuales, así como la flexibilidad mental de Juan Pablo II. Tiene toques de demagogo y una gran destreza para escabullirse en el momento justo después de haber jugado con los sentimientos y las emociones de la muchedumbre que le escucha. Es totalmente distinto de Juan XXIII a este respecto. El papa Juan aceptaba gustoso su popularidad, pero nunca buscó la aclamación de la muchedumbre. El aplauso le fastidiaba. La noche que le eligieron, al contemplar la plaza de San Pedro, totalmente atestada e iluminada por el resplandor de los focos de la TV, comentó a su secretario privado: "Así no se mira la realidad. Así, acabaremos cegados".

Juan Pablo II fue actor en su juventud. Y ahora resulta fácil imaginarse que, de haber seguido por ese camino, habría acabado triunfando. Un papel que hubiera interpretado a la perfección es sin duda el de Thomas Beckett en el drama de T. S. Eliot sobre el asesinato del gran arzobispo de Canterbury. ■